

José María Portillo Valdés, *Una historia Atlántica de los orígenes de la Nación y el Estado. España y las Españas en el siglo XIX*. Madrid, Alianza editorial, 2022.

Marcela Ternavasio  
(IECH/UNR/CONICET)

*Una historia Atlántica de los orígenes de la Nación y el Estado*, la nueva y potente contribución de José María Portillo Valdés, puede comenzar a ser leída por su epílogo –titulado “Historia útil para la política”– pues no deja de ser un punto de partida. No es la primera vez que el autor hace visible su preocupación por el presente para interrogar el pasado de *España y las Españas en el siglo XIX*, según indica la “bajada” de su flamante libro. Tampoco es la primera vez que se ocupa de repensar históricamente el problema de la nación en esa gran bahía de conexión que fue el mundo Atlántico, ni de reconstruir el papel del constitucionalismo en el experimento que dio lugar a la emergencia de nuevos estados soberanos en el mundo hispánico. Pero en este caso, la novedad que ofrece la obra es que todas esas cuestiones se entretujan a partir de un concepto clave: *emancipación*. O en todo caso, ese concepto clave –en tanto sustantivo– cobra particular significado en las declinaciones del verbo –pronominal– *emancipar*. Así queda planteado en la primera frase que abre la introducción: “Una de las maneras posibles de definir la modernidad es como un complejo proceso de emancipaciones” (p. 15). Portillo llama, precisamente, la atención sobre el hecho de que tal proceso no haya sido hasta ahora abordado de manera específica por la historiografía, a pesar del frecuente uso del término –por lo general naturalizado– y de la voluminosa masa crítica acumulada con la intensa renovación del campo.

Este libro viene a cubrir ese vacío a través de un estudio sistemático sobre la “teoría de la emancipación” para iluminar la compleja –y siempre discutida– relación del mundo hispano con la modernidad. Y cabe destacar que el hallazgo resulta notable, tanto por la fertilidad del enfoque como por el tratamiento del tema a lo largo de ocho capítulos que, aunque concentrados en el momento crucial de la crisis monárquica e imperial, traza horizontes hacia pasados remotos como asimismo hacia el siglo XX hasta el presente. Para quien ha seguido de cerca la trayectoria de su autor, cuyos aportes son referencia obligada para los especialistas, podrá reconocer que estamos ante una obra que refleja la madurez de un enorme trabajo de investigación y de reflexión teórico-metodológica. En diálogo constante con el estado del arte, recorre una extensa

geografía a través de un nutrido y variado corpus documental –tratadistas, ensayos filosóficos, históricos y literarios, debates parlamentarios, prensa periódica, correspondencias, memorias– para “para explicar el surgimiento de la nación y el Estado en España”, lo que supone abordar los problemas asociados a las teorías de la emancipación en el contexto de transformación imperial a escala atlántica.

La estrategia narrativa que organiza el texto supone una doble apuesta. Por un lado, describir y explicar la anatomía y fisiología del prolongado proceso emancipatorio navegando cómodamente por las aguas de la historia jurídica, política, intelectual y diplomática. Por el otro, periodizar y conceptualizar dicho proceso en un arco de larga duración que alumbra las paradojas de las múltiples emancipaciones del conglomerado hispánico que afectaron a ciudadanos y naciones. La aguda y detallada reconstrucción –que es a la vez una deconstrucción– del lenguaje doméstico y familiar en torno a la patria potestad y a la figura del *paterfamilias* en la cultura jurídica hispánica permite entender cómo se abrió paso el nuevo lenguaje de la emancipación, “culminando así un tránsito del derecho natural al civil, de este al de gentes y de ahí al nuevo derecho público del constitucionalismo” (p. 51). El nudo gordiano del libro reside en explicar los orígenes y efectos que provocó la invención de un idioma político ante una situación inédita y extraordinaria –como fue la crisis de la monarquía de 1808– y en exhibir cuán proteicas pueden ser “las palabras” cuando ya no refieren a las mismas “cosas”. Como nos recuerda la reflexión foucaultiana en el Prefacio de *Las palabras y las cosas*: “Es ahí donde una cultura, liberándose insensiblemente de los órdenes empíricos que le prescriben sus códigos primarios, instaura una primera distancia con relación a ellos, les hace perder su transparencia inicial” y “se libera lo suficiente para darse cuenta de que estos órdenes no son los únicos posibles ni los mejores”.<sup>1</sup>

¿Cómo se “liberó” la cultura política hispana de los órdenes y códigos prescriptos para arribar a la emancipación constituyente de la nación y del individuo en tanto ciudadano, marcando así “una de las aporías esenciales de la modernidad” por cuanto el proceso emancipatorio no se refirió, en sus inicios, “ni a todas las naciones ni a todos los individuos”? (pp. 23-24). Frente a esta pregunta, el capítulo cinco es central en la factura del libro. Dedicado a examinar la idea del poder constituyente que manejó aquella cultura política, tanto en el experimento gaditano que sancionó la carta de 1812 como en los desplegados en América en las regiones llamadas insurgentes, el análisis resalta los dilemas territoriales que nacieron de la conversión del cuerpo histórico de la nación en cuerpo político. Y en esa conversión, la idea de emancipación de los territorios y pueblos de la monarquía jugó un papel determinante. Ese papel, sin embargo, que involucró también la emancipación ciudadana en un juego de

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires, México, Siglo XXI, 1985, p. 6.

integración y exclusión de segmentos sociales y étnicos arropados en la clásica noción hispánica de vecindad, cobra verdadera inteligibilidad a partir de los capítulos precedentes.

En el primero se reconstruye la historia del sintagma “libre e independiente”, convertido en eslogan durante las crisis imperiales atlánticas de fines del siglo XVIII y primeras décadas del XIX. Portillo destaca allí que la historiografía se interesó más por indagar las teorías que desarrolló la filosofía moderna acerca de la creación de la comunidad política que en constatar el papel que tuvo “el tránsito entre el estado de inocencia o de naturaleza y el estado civil y político” (p. 46). La mirada se recorta en una prolífica literatura que, en este caso, no es analizada desde la perspectiva de su producción sino desde el punto de vista del lector. La fertilidad del enfoque se va develando en el desarrollo de las hipótesis que atraviesan toda la obra por cuanto marca los horizontes desde los cuales se desplegó la acción política en coyunturas y geografías específicas.

A partir de esta reflexión inicial, en los tres capítulos siguientes el autor va deshilvanando y reconstruyendo el pasaje de la “nación literaria” a la nación como sujeto histórico y luego político que nació en el marco de una “monarquía en orfandad” para dar lugar a la “nación emancipada”. El estudio erudito, y a la vez ágil para un lector no especialista en historia jurídica o en filosofía política, demuestra cómo se fue haciendo audible que “en la ‘familia española’ no había, de momento, americanos” (p. 112). En esa dirección, Portillo trabaja el tratamiento intelectual que mereció el tema de la nación en la España peninsular del setecientos, que se abrió paso con la evolución imperial de la monarquía, y lo pone en diálogo con las reflexiones que simultáneamente desarrollaron los americanos desde diversos espacios. Un diálogo que exhibe las tensiones y fisuras del lenguaje familiar que apelaba a la figura paternal del rey frente a hijos que recibían un trato desigual a ambos lados del Atlántico. Un diálogo que clarifica que, en sus momentos iniciales, la crisis de orfandad de la monarquía no habilitara a integrar al Nuevo Mundo en el naciente sujeto político, y que a muy corto andar los discursos públicos metropolitanos comenzaran a exhibir transformaciones respecto del uso de las metáforas familiares. El autor se detiene aquí no solo en el estudio discursivo, que refleja la gradual inclusión de los americanos en términos de fraternidad en una monarquía figurada como una “madre-España” ante la ausencia del rey-padre, sino también en las variables políticas y guerreras que la hicieron posible y necesaria. La fina y detallada periodización que traza entre las renunciadas de Bayona y las vísperas de la reunión de las Cortes de Cádiz ilumina un aspecto sumamente relevante: “la cultura jurídico política compartida por españoles americanos y europeos indicaba vías de salida a esa situación trasladando a la política figuras desarrolladas en el derecho civil” (p.138). Esas vías de salida, sin embargo, quedaron atadas a las paradojas de un discurso que, en aquella situación explosiva, apelaba a la igualdad para practicar la desigualdad

entre peninsulares y americanos. Paradojas que quedaron en evidencia al ponerse en debate la representación política de unos y otros, donde parecía existir una distinción entre hijos y entenados, dificultando la unidad de una familia ensamblada.

Por ello, volviendo al quinto capítulo, la emancipación constituyente en un cuerpo de nación abrió la Caja de Pandora para la vocación imperial que aquella monarquía venía exhibiendo desde el siglo XVIII: “Interpretada desde la perspectiva de la emancipación, la situación generada por esta doble interpretación de la capacidad autónoma de los territorios y pueblos para enfrentar la crisis abrió una tercera posibilidad. Si entrar en pie de igualdad en el ‘reino’ de España parecía inviable, la emancipación pudo empezar a considerarse como algo propio y no vinculado a otras partes de la monarquía. Es por ello que si algunas elites locales americanas buscaron un lugar propio en el reino o nación española, otras comenzaron pronto a plantearse un proceso propio de emancipación” (pp. 177-178). El sintagma “libre e independiente” cobraba vida propia y adquiría diferentes ritmos de despliegue a ambos lados del Atlántico; ritmos que Portillo ilustra con un profundo conocimiento de los procesos ocurridos en los diversos rincones de ese universo.

¿Cuáles fueron los límites del idioma emancipatorio en el mundo hispano? A explorar esos límites está destinado el sexto capítulo que aborda el vínculo idiosincrático entre religión y política en el tránsito de la monarquía católica a naciones y repúblicas católicas. La comparación establecida con otras experiencias atlánticas revela, en este aspecto crucial, la complejidad del proceso emancipatorio de las Españas, pues si dicho proceso “se produjo de manera evidente de la tutela monárquica, no lo hizo hasta décadas después respecto de la tutela que ejercía sobre individuos, familias y sociedades el otro elemento de la monarquía católica, la religión y la Iglesia” (p. 204). Dicho elemento no fue ajeno a las peculiaridades que adoptó el mundo hispano en su integración a “la modernidad” como no lo fueron las consecuencias de que cada cuerpo de nación continuara perteneciendo al cuerpo místico de la Iglesia de Cristo. Una de esas consecuencias se expresó en el tratamiento de la cuestión del patronato en los países americanos y en las asincronías producidas entre las nuevas jurisdicciones soberanas y las eclesiásticas que regulaban buena parte de la vida de aquellas sociedades. Y otra de las consecuencias impactó en la definición de los derechos de los individuos en los experimentos constitucionales decimonónicos.

Entre los derechos de la nación y los derechos de los ciudadanos se fue, pues, abriendo una brecha que Portillo explora en el capítulo siguiente, titulado “El gobierno de la sociedad”. Allí avanza cronológicamente para mostrar las variaciones que van sufriendo las teorías de la emancipación en las reformas constitucionales sucedidas en España a partir de la muerte de Fernando VII. El

eje se desplaza a las reflexiones en torno a la sociedad y el Estado, cuando la idea de emancipación de la nación gaditana es liquidada para ganar terreno el ideal de una Administración capaz de gobernar la sociedad, o en todo caso, las poblaciones que habitaban los territorios. En este registro, si bien el análisis se concentra en lo que a esa altura era España, cuando había perdido casi todo su imperio al finalizar las guerras de independencia, cabe destacar que los temas y debates que rastrea en la península fueron comunes en los países hispanoamericanos. Durante el siglo XIX y comienzos del XX, se exploraron a ambos lados del Atlántico “nuevas formas de emancipación que tenían que ver con el individuo y también con aquellas formas de asociación (municipios, provincias, Estado y nación) que se generaran a partir de la autonomía individual” (p. 267). Los autores de referencia, pertenecientes a las diversas familias del liberalismo, fueron también comunes en España y América para repensar los vínculos entre sociedad y Estado o entre política y administración. La conclusión a la que arriba Portillo deja abierto el interrogante para repensar las naciones surgidas del quiebre con la metrópoli: ¿hasta qué punto el “problema” en el mundo hispano residió en la “nación” o el “Estado”, o es en la sociedad donde es preciso resituarlo? La hipótesis referida a España es sin duda sugerente respecto de los ejes que han perfilado el debate: “Puede que no sea, entonces, tanto una cuestión de escasa nacionalización o de Estado insuficiente, que también, sino sobre todo un desajuste entre nacionalidad (que se podía interpretar de diferentes maneras) y organización social” (p. 271). Esta hipótesis es la que marca la reflexión en el largo plazo del último capítulo, “¿Qué fue de las Españas?”, cuando comienza a imponerse la idea de superar el modelo de emancipación modelado en torno a la nación frente a una sociedad cada vez más compleja.

“Historia útil para la política”, entonces, cierra este rico e intrincado recorrido, cuando España dejó de ser una nación imperial a fines del siglo XIX y debió reinventarse como Estado-nación en el contexto europeo y atlántico. Como adelanté al comienzo, el estudio de Portillo Valdés no elude –sino por el contrario– los nudos más conflictivos desde la transición democrática en el tránsito finisecular. El sintagma “libre e independiente” fue asumiendo nuevas valencias en un contexto en donde la categoría “plurinacional” pone en juego el vínculo entre historia y política como asimismo entre territorios, sociedades e identidades. Un contexto que adquiere particularidades en España, pero que no deja de constituir un gran tema en las agendas políticas y constitucionales de las experiencias hispanoamericanas contemporáneas. ¿Cuánto de estas agendas son producto de los derroteros que siguieron las teorías de la emancipación en todo el mundo hispano? El libro aquí reseñado ofrece pistas y respuestas novedosas para trazar el puente entre los desafíos que asumieron los actores del pasado con proyecciones al presente.

